

Cuéntame algo

Betsabé Puentes Huertas

Sábado, cinco y media de la tarde. Como es costumbre, después de terminar el almuerzo vamos a la cama a reposar un rato. Del balcón entra una suave brisa que baja desde los farallones. Es como un viento que calma todos mis males. Un atardecer hermoso. A través de las persianas alcanzan a entrar unos pequeños rayos de sol que rozan el rostro de mi papá. Siento que se queda dormido.

Escucho ese extraño sonido que hace cuando duerme; no sé de dónde viene ni cómo lo hace, sólo sé que es como si diminutas pompas de jabón explotaran.

— Buaahh

Me asusta, suelto risas. Me agarra de la cintura y me hace cosquillas. Siempre he sido demasiado cosquillosa. Solo tocarme y me hace reír a carcajadas, no aguanto y caigo al piso. Reímos todos.

Subo nuevamente a la cama con cara de digna, como si no hubiera pasado nada. Mi padre hace otro intento de dormir y le digo:

— Papi no te duermas, cuéntanos algo.

Mis tres hermanos apoyan la idea. No sé si son las historias de mi papá o la forma en que las cuenta, pero siempre nos atrapan de una manera que no podemos explicar.

—A ver...

1977, tengo diez años de edad. Como soy el único hombre de la casa me mandan a pagar los servicios. El camino de mi casa al CAI es bastante largo y para colmo, es un día caluroso. Pateo una piedrita hasta llegar. Finalmente llego. Me doy cuenta que hay una fila enorme. No puedo hacer nada, me toca esperar. Mientras hago la eterna fila, volteo hacia la entrada y como siempre, ahí está él. Un señor de 45 años más o menos. Lleva puesto un sombrero que le tapa la cara y no lo alcanzo a distinguir bien. Usa una camisa colorida, llena de flores grandes, un pantalón café claro, de tela fina, como esos que se usan en los pueblos. Y los zapatos son negros de charol, viejos pero bien lustrados. Saca una pequeña banca, de esas que se doblan. Se sienta y en su regazo pone una cajita llena de papelitos con dibujos, y como de costumbre, empieza su discurso.

—Estampillas, estampillas, estampillas, dice mientras se mece en su minúscula silla.

Cada mes que voy, el hombre siempre está ahí. Muy curioso. Usa lo mismo ¿Por qué? ¿Tendrá familia? ¿Es lo único que hace durante el día? .Niño, niño. ¿En qué te puedo colaborar? Una señorita de tez muy blanca, pecosa, cabello rojizo y ondulado, con un gran moño verde oliva en su cabeza, de ojos color miel que iluminaban su rostro, y muy delgada. Por lo que se puede ver a través de la ventanilla, es una mujer diminuta, muy linda, debo decir que me despierta del ensueño en el que estaba.

No había recordado a este hombre en años. ¿Saben por qué lo hago?

Hace dos días tuve que realizar unos pagos y coincidentalmente regresé a aquel CAI. Nuevamente me encontré con una fila enorme, sólo que esta vez no hacía el calor bochornoso de entonces, sino que el aire acondicionado me estaba congelando. Después de media hora de fila, una señora me atiende. Debo confesar que tenía la leve esperanza de que fuera la dulce joven de tiempo atrás. No. Una dama mal encarada, de cabello negro, que aparentemente no peinó, tez blanca y labios color rojo intenso, termina de facturarme y salgo de ese congelador.

— Estampillas, estampillas, estampillas...

Sorpresa la que me llevo al encontrar al mismo señor sentado en la misma banca meciéndose. Esta vez no con un sombrero sino con una gorra naranja que me deja ver una barba larga blanca. Sigo bajando mi mirada y ahí está esa distinguida camisa colorida de flores grandes y el pantalón color café. Pero hay una diferencia. Lleva unos zapatos distintos; en esta ocasión, son nuevos.